

hacia una literatura más natural y menos retórica que refleja —ahora sin posturas de realismo social— con sencillez el habla y pensamientos de los personajes, sean o no comunes y corrientes, y se abre al mismo tiempo a una meditación sobre los valores del individualismo impasible y, vale también decirlo, del heroísmo de sus protagonistas en la medida en que se enfrentan consigo mismos, con su naturaleza, como lo hizo hasta “flagelarse” nuestro “buen” “hombre” del siglo antepasado, Orestes Concha, un personaje ansioso por dar y recibir pero que no alcanzó ni lo uno ni lo otro.

GUILLERMO LINERO
MONTES

“Vas por buen camino; estás perdido, nene”

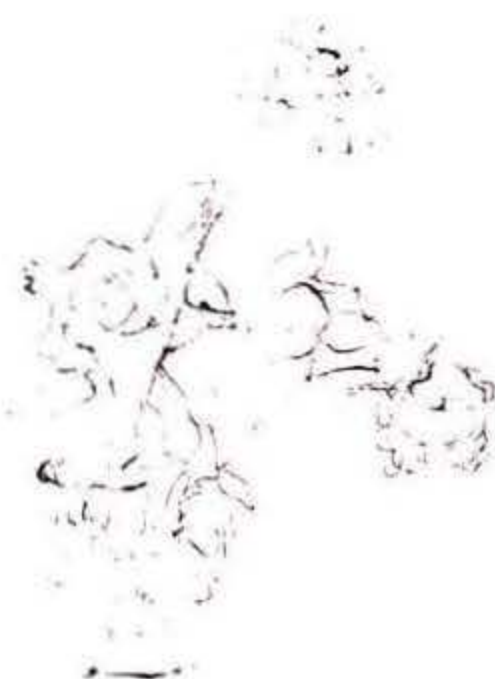
Su casa es mi casa

Antonio García Ángel

Editorial Planeta, Bogotá, 2001.
176 págs.

Su casa es mi casa es una novela breve, que tiene su trama... policíaca, digamos, aunque es claramente un homenaje a la novela “negra” norteamericana, aquella que tuvo como sus más destacados exponentes a Raymond Chandler y Dashiell Hammett, allá por la década de los cuarenta del siglo que nos acaba de dejar y que, en más de una ocasión, sirvió para hacer excelentes películas (*El halcón maltés*, de Hammett, entre otras). La obra está dividida en tres partes, y cada una de ellas en algo así como en secuencias cinematográficas: la primera parte consta de veintiuna secuencias, la segunda de veinticuatro, la tercera de diez, y un epílogo. Por el carácter mismo de la novela, no creo que deba contar aquí todas las peripecias y el desenlace, pues actuaría como aquel

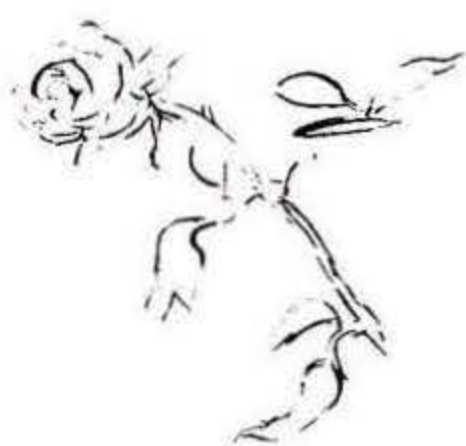
amigo gracioso que, al salir de una de estas películas, nos dice a los que estamos haciendo cola para entrar a la próxima función: “El asesino es el mayordomo”, aguándonos así la fiesta. No, no lo voy a hacer, pero sí puedo anticipar algo. Un muchacho universitario decide abandonar la residencia de estudiantes en la que vive y alquila un pequeño apartamento, en busca de independencia. A su nueva casa comienzan a hacer unas misteriosas llamadas telefónicas, desde una oficina de correos, diciendo que hay una encomienda para un tal Alejandro Villabona, quien, luego lo veremos, era el inquilino del apartamento que ahora habita Martín Garrido, nuestro protagonista. Hasta ahí, nada extraño. El problema viene cuando Garrido, por hacerse el gracioso, empieza a tomarles el pelo a los del correo y acaba descubriendo que detrás de esa encomienda, que al final reclama, hay todo un enredo gangsteril de prostitución, mafias y políticos que pone en riesgo la vida de Martín y de sus compañeros.



Pero todo ese cuento, a mi modo de ver, es un pretexto, y lo que realmente importa es la ciudad que respira en el fondo de toda esta historia. Que una ciudad logre estar viva en un relato no es poco mérito, y Bogotá no ha tenido mucha fortuna en ese sentido; Medellín, Cali y la Cartagena de los tiempos en que venía el “aceite en botijuelas”, son ciudades que han existido en Colombia, desde el punto de vista literario, con obras como las de Fernando Vallejo, Andrés Caicedo, García Márquez o Germán Espinosa, pero

la Bogotá de Cordovez Moure, por ejemplo, es una aldea que en nada se parece a la del parque de la 93 actual. Tal vez fue en las novelas de Osorio Lizarazo, con sus logros y sus desaciertos, donde la ciudad comenzó a tener una presencia real, y más contemporánea, en la literatura. Ya en estos tiempos hay un buen número de obras narrativas que transcurren en esta ciudad que se despereza recostada a lo largo de sus cerros tutelares. Está *Sin remedio* de Antonio Caballero, entre otras, cómo no. Pero en esta novela de Antonio García Ángel (n. 1972), las calles y las encrucijadas de la ciudad de los adolescentes de hoy aparecen, no como un deber, como una obligatoriedad, sino como el ambiente mental necesario para que los personajes tengan vida y cobren así toda la verosimilitud que requieren. Sin que haya un deliberado “turismo bogotano”, los acontecimientos se desarrollan en una ruidosa discoteca de la zona rosa, más adelante Garrido y sus muchachos atraviesan la carrera séptima por los lados de Chapinero para luego perderse en las callejuelas sórdidas que bajan de la iglesia de la Veracruz, o de la plaza de las Nieves, y más adelante van por los suburbios recorriendo con la mirada las destartalladas mansiones de la carrera séptima cuando ésta se convierte en la carretera central del norte. Todo esto en medio de los diálogos desmañados con los que se comunican los jóvenes, pero que, en virtud del buen oído de García Ángel, logran acercarnos con mucha gracia a lo que debe de ser ir con ellos en un automóvil a las tres de la mañana, recién cerrados los bares. Incluso la procacidad llega a convertirse en algo hilarante en la pobreza de esa jerga estudiantil, y las palabras de amor que cruza el protagonista con Carolina, la noviecita que aparece y desaparece, están tan despojadas de amaneramientos, que se siente allí viva la vida, y lejos de los artificios literarios, que es una de las mejores maneras de hacer literatura. Durante varias escenas, Jaime, uno de los compañeros de Martín, quien se ha tomado un pepa que le regaló un amigo, interviene en las conver-

saciones en una extraña jerigonza emparentada con el español antiguo, pues está haciendo su tesis de grado sobre los clásicos castellanos, y habla en ella de los acontecimientos inmediatos logrando unas parrafadas de gran comicidad que contrastan a la perfección con el lenguaje estrecho que mencionábamos atrás. Es posible que *Su casa es mi casa* no sea una obra maestra, pero es una magnífica obra inicial y nos promete grandes acontecimientos por venir nacidos de la pluma de su autor.



Por otro lado, es importante decir aquí que el hecho de que una editorial del prestigio de Planeta se la juegue por los nuevos autores, en un país en donde casi siempre las grandes editoriales prefieren ir a la fija, es algo de aplaudirse. Claro que Planeta ha sido de las pocas editoriales que han corrido esos riesgos desde tiempo atrás, desde la época en que Mireya Fonseca y su equipo publicaron obras como las de Azriel Bibliowicz o de Felipe Agudelo, por ejemplo; pero hay que celebrar que esta casa editora haya vuelto por sus fueros. Sin embargo, voy a darles un jalón de orejas, ya que de ellos, más que del escritor, es la culpa de que haya pequeños errores gramaticales en este libro. Obviamente, hacer crítica no es hacer este tipo de correcciones, pero esos errorcitos dejan, no digamos un mal sabor, pero sí una sensación desagradable en la boca. Es como cuando uno está comiendo tranquilo y de repente le sale una piedrita en el arroz, haciendo que traqueen las muelas. Ya no se vuelve a comer con sosiego por el resto del plato. Es terrible. Y bueno, leyendo pasa un poco lo mismo: o con errores que no tienen que ver con la calidad literaria pero que entorpe-

cen la lectura, o con palabras bruscas —como terrón de sal— que estremecen el oído del más sordo. Va uno entusiasmado leyendo una prosa fresca, ágil, llena de giros divertidos, de gracia, de audacias y de pronto, ¡tráquete!, la piedrita de la que hablábamos. ¡No es posible! —dice uno—, pero, si antes utilizó frases similares y lo hizo bien, ¿aquí qué pasó? Fijáte, vé. Cómo te parece que en la página 67 dizque “habían” dos tomboos atendiendo yo no sé que cosas. Y en la página 167 nadie cayó en la cuenta de que faltaba el artículo *la* antes de que alguien “cayera en cuenta” de algo. Esto debe de obedecer a que el autor, según nos lo dice la solapa, estudió Comunicación Social. Ésa es, creo, una de las condiciones que tienen los comunicadores para obtener el título: con- jugar mal el verbo haber y omitir artículos y preposiciones. Ésa, y pronunciar “eccenario” en vez de escenario. Y si se esmeran, no sólo consiguen trabajo en la televisión, sino que pueden llegar a ser ministros. Pero no es tan grave; es feo, horrible, hay que señalarlo, ya que no hubo un ojo atento antes de que la obra entrara en los talleres, pero no es trascendente. Pudo no haber sido ni siquiera el autor sino algún corrector titulado, pero la gramática es una convención y, como todas las convenciones, puede transgredirse (si tiene sentido, ¡claro!), como César Vallejo cuando “le pegaban todos sin que él les haga nada”.

Coda

Vamos a suponer que Philip Marlowe, el personaje de Raymond Chandler, ha leído *Su casa es mi casa*, esta primera novela de Antonio García Ángel, y que lo ha citado a su despacho, una mugrienta oficina en los altos de una cigarrería en la avenida Jiménez de Bogotá. La luz de un amanecer lluvioso se filtra a través de las líneas horizontales de las persianas descompuestas; el viejo Marlowe está en mangas de camisa, reclinado en una silla giratoria y con los pies estirados puestos sobre un aparatoso escritorio en el que hay una vieja

Remington. El aire está enrarecido por los muchos cigarrillos consumidos durante la noche. Al llegar nuestro hombre, Marlowe saluda entre dientes, abre una gaveta del escritorio, saca un par de vasos y una botella de *whisky* barato y sirve dos tragos. Enciende un cigarrillo, lanza una bocanada de humo. Con los ojos inyectados mira al muchacho y le dice, mientras arroja el pequeño ejemplar sobre la superficie polvorienta del escritorio: “Vas por buen camino; estás perdido, nene”.

FERNANDO HERRERA
GÓMEZ

Uno esperaría un poco menos de ingenuidad narrativa

Los caminos del corazón

Jorge Alberto Naranjo
Editorial Universidad de Antioquia,
Medellín, 1999, 179 págs.

La editorial de la Universidad de Antioquia, en una actitud que merece ser aplaudida, ha emprendido la publicación de una colección de libros de narrativa de algunos escritores colombianos. El segundo de los títulos de esta bonita colección corresponde a *Los caminos del corazón* de Jorge Alberto Naranjo. Es una novela que está dividida en tres cuentos, y donde cada uno de ellos puede funcionar independientemente, aun cuando los tres conforman una única narración: vale decir que el lector reconoce personajes y situaciones en cada uno de los otros relatos que complementan la historia. El primero de estos relatos se llama *Margarita González*, el segundo *El ángel caído* y el tercero *Las andanzas de Amador Flauta*. En un total de 179 páginas, esta novela nos cuenta las aventuras amorosas de un profesor universitario que, dentro de las